

## HOMENAJE A LUIS JAIME CISNEROS

El 26 de junio de 1981 se llevó a cabo en el Instituto Riva-Agüero un acto académico en homenaje al Dr. Luis Jaime Cisneros con motivo de haber cumplido sesenta años el 28 de mayo. En dicho acto, que contó con la presencia del Rector a.i. de la Universidad, Ing. Hugo Saravia, el Dr. Salomón Lerner, Jefe del Departamento de Humanidades, y el Dr. José Luis Rivarola, pusieron de relieve la personalidad del homenajeado y destacaron su trayectoria universitaria en la docencia y en la investigación. El Dr. Rivarola presentó además el volumen V, número 1, de *Lexis*, Revista de Lingüística y Literatura del Departamento de Humanidades, que contiene artículos dedicados al Dr. Cisneros por sus discípulos y colegas. El Dr. Cisneros agradeció el homenaje con un discurso que publicamos a continuación de los pronunciados por los Dres. Lerner y Rivarola.

13

\* \* \*

Si bien oficialmente me corresponde como actual Jefe del Departamento de Humanidades intervenir hoy para homenajear al Dr. Luis Jaime Cisneros, quisiera más bien que las breves palabras que vaya a decir sean aceptadas como el testimonio personal —y que sin embargo es ricamente compartido— de quien ha tenido el privilegio de ser primero alumno y luego compañero de labores de un hombre que ha hecho de su vida permanente entrega de sí.

Conocí a Luis Jaime Cisneros cuando frente a él y en el examen de ingreso a la Universidad Católica, allá por los años 60, lejos de la figura atemorizante del inquisidor hallé a quien a través de su inteligente preguntar, ya

---

enseñaba. Esta que no era sino una impresión susceptible de distorsión por la singular circunstancia que vivía, pasó a ser convicción y certidumbre cuando, día a día, en el aula y también fuera de ella Luis Jaime Cisneros se revelaba en su ser profundo de Maestro. Atento a las inquietudes no solamente intelectuales de aquellos que a él se confiaban, donaba su riempo sin límites para orientar y formar. No sólo los que le siguieron en el cultivo de los estudios relativos a la Lingüística y la Literatura, también los que despertaban a la vocación de la Historia, la Psicología, la Filosofía, tuvimos la señalada experiencia que significa el cálido contacto con una persona adulta y sabia que curiosamente se hacía alegremente joven y animada la sed de saber más, para establecer así una relación amiga, fraternal diría, que, lejos de limitarnos en nuestro quehacer y en nuestros proyectos, nos insuflaba la energía creadora indispensable para la conquista de la madurez y la libertad.

14

Han transcurrido años desde esos momentos; los que fuimos alumnos de Luis Jaime Cisneros hemos sido llamados a diferentes responsabilidades dentro y fuera de la Universidad. Luis Jaime Cisneros permanece en nuestra Universidad y sigue en ella porque en el fondo no puede ser de otra manera. Creo no equivocarme al afirmar que a través de la vinculación existencial que los une, hemos llegado a la situación de aceptar muy difícilmente que pueda existir la una sin el otro. La inserción de Cisneros es tan plena a través de su palabra magisterial, de la investigación profunda y erudita que despliega, de aquello que promete y debe no sólo a los que allí estamos sino a las generaciones que se preparan para venir a nuestros claustros, que esta ocasión en la que hacemos un alto en el camino para recordar cuánto le debemos, se ofrece también como el momento en el que se renueva para el futuro el compromiso de su presencia irremplazable entre nosotros. *Salomón Lerner*

\* \* \*

El homenaje de hoy a Luis Jaime Cisneros se materializa en el No. 1 del volumen V de *Lexis*, que hoy presentamos, número inusual por su extensión y que reúne traba-

jos sobre lingüística y literatura escritos especialmente por discípulos y colegas del Dr. Cisneros con motivo de sus sesenta años. A mí me toca ahora, luego de las palabras de Salomón Lerner, quien ha sabido interpretar en su evocación personal una experiencia y un sentir colectivos, razonar el sentido de este número especial de la Revista de Lingüística y Literatura del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica.

Los sesenta años de vida de Luis Jaime Cisneros han sido aprovechados para expresarle por medio de esta publicación nuestro reconocimiento y nuestra gratitud. Reconocimiento y gratitud por más de treinta años consagrados a una terca vocación universitaria que encontró en la filología, la lingüística y la literatura el dominio privilegiado de su ejercicio. Durante este dilatado tiempo Luis Jaime —y permítanme llamarlo así, sin rendirme a la formalidad del acto, tal como nos acostumbró a llamarlo desde los primeros años universitarios— ha desarrollado una infatigable labor docente y de investigación, que ha servido de estímulo a varias generaciones de discípulos que hoy pueden testimoniar, ya en la madurez, la calidad de su magisterio y la extraordinaria dosis de entrega y sacrificio personal que éste implicó.

Luis Jaime, formado en Buenos Aires en la escuela de Amado Alonso, se dedicó desde su regreso al Perú a fines de los años cuarenta, a enseñar directa e indirectamente, la manera de trabajar con rigor científico en materias filológicas, literarias y lingüísticas. Traía de sus años de estudiante en Buenos Aires un enorme bagaje de información, un conocimiento al día del estado de la investigación en los principales centros de hispanística del mundo, una metodología científica bien ejercitada; traía el entusiasmo juvenil alimentado por un espíritu generoso. Todo esto lo puso Luis Jaime a disposición del país, de su universidad, de su vida intelectual. Eran épocas difíciles. No había en el Perú tradiciones bien consolidadas en los estudios filológicos y lingüísticos; no había bibliotecas con material bibliográfico actualizado; la enseñanza universitaria de las materias filológicas, y de las humanidades en general, era practicada por lo común de modo marginal, por personas sin duda meritorias pero que tenían el centro de sus inte-

---

reses en otras esferas; no era posible aún una verdadera carrera docente universitaria que diera un mínimo de estabilidad para dedicarse por entero a la enseñanza y a la investigación. Todas estas dificultades las supo sortear Luis Jaime: se multiplicó en la docencia, no se dejó ganar por la incuria y el conformismo intelectual, y siguió investigando y publicando; no se dejó vencer por el desánimo y se dedicó a estimular vocaciones, a formar discípulos, a luchar desde la seriedad y el rigor de su tarea por la creación de tradiciones científicas allí donde no existían, a mantener vigente su contacto con el mundo científico internacional sin dejarse aletargar por el espíritu de campanario, tan pernicioso para la actividad científica y universitaria en general. Somos muchos los que recordamos con gratitud, admiración y afecto la plenitud de su dedicación, su generosidad para poner a disposición el material bibliográfico que sólo existía en su biblioteca personal, para entregar su tiempo sin retaceos cuando se requería su consejo o su ayuda. La casa que hoy nos acoge, el Instituto Riva-Agüero, fue durante muchos años escenario de largas jornadas de diálogo esclarecedor, de provechosa lectura en común, de serio trabajo de investigación. Luis Jaime, como Director del Seminario de Filología, desde la Sala España, desplegaba su indesmayable labor orientadora y promotora. Eran los años en los que la investigación humanística de la Universidad Católica se hacía casi exclusivamente aquí, años en los que Luis Jaime contribuyó de manera decisiva a sustentar el prestigio y la vigencia del Instituto en la vida cultural del país.

16

Yo no voy a ocuparme ahora de hacer una evaluación de su obra escrita con el objeto de poner de relieve, desde la perspectiva del especialista, la contribución que ella ha representado para el desarrollo de la filología y la lingüística en el Perú. Quisiera, en cambio, anudar unas pocas consideraciones sobre lo que yo considero los aspectos fundamentales del magisterio de Luis Jaime, desde un punto de vista más general.

Luis Jaime ha cultivado y ha enseñado siempre a cultivar una actitud abierta y esencialmente antidogmática. Ajenas a él las posiciones tajantes, definitivas e inflexibles ante los problemas científicos. Esta amplitud de espíritu, que

---

caracteriza al verdadero hombre de ciencia, la ha ejercido Luis Jaime en los diversos órdenes de la vida. Su tolerancia frente a puntos de vista ajenos, su capacidad para saber escuchar, para ponerse en la perspectiva de los otros, han sido rasgos fundamentales que han marcado la relación con sus discípulos.

El magisterio de Luis Jaime no ha sido nunca impositivo. La gente que se ha formado con él ha recibido los estímulos precisos, las ayudas y consejos indispensables, la orientación oportuna, pero nunca ha sentido que le faltaba espacio para la propia reflexión o que estaba restringida su posibilidad de discrepancia. Luis Jaime ha dejado siempre que los estudiantes hicieran los descubrimientos por sí mismos, ofreciéndoles los elementos necesarios para que esto fuera posible.

Su apertura espiritual se refleja también en su humanismo y en su actitud interdisciplinar. Formado en las mejores tradiciones filológicas, dentro de una concepción de la filología como ciencia integradora de distintos saberes, Luis Jaime siempre nos hizo sentir la necesidad de la formación integral. No era el suyo el magisterio del especialista estrecho, que no ve más allá de los límites de su propio campo específico. Luis Jaime estimulaba en sus alumnos el interés por otras ciencias, recomendaba lecturas de historia, de filosofía, de psicología. Salomón Lerner ha recordado cuánto deben a Luis Jaime incluso especialistas de otras disciplinas, cómo ha colaborado en la formación de profesionales de distintos campos.

Y a través de los años Luis Jaime ha mantenido la curiosidad intelectual de su juventud. Permanentemente interesado en las nuevas corrientes de pensamiento, ha aceptado siempre con serena actitud científica las renovaciones y los cambios, y nunca ha sido renuente a brindar su apoyo a quienes, incluso con vehemencia juvenil pero con autenticidad, los propugnaban. Hoy rendimos homenaje a un joven de sesenta años, entusiasta y emprendedor, que ha sabido ser un verdadero maestro, es decir, que ha querido siempre seguir aprendiendo.

Luis Jaime: en este número de *Lexis* que te dedicamos, en el que podrás hallar tu bibliografía reunida, están

---

presentes muchos de tus discípulos de diversas generaciones, desde los de la más antigua, como Enrique Carrión, Alberto Varillas o José Miguel Oviedo, hasta los de la más reciente, como Mario Montalbetti. Están presentes muchos de tus colegas y amigos, que sin haber sido discípulos directos reconocen la parte que les ha tocado de tu magisterio o admiran tu labor ejemplar. Están presentes también todos tus colegas de la Academia Peruana de la Lengua a través de la carta de adhesión a este homenaje que nos ha enviado don José Jiménez Borja. Aquí encontrarás trabajos de variado tema: sobre problemas de lingüística general, sobre problemas de gramática, sobre lexicología peruana, sobre pedagogía lingüística, sobre teoría literaria, sobre literatura española, hispanoamericana y peruana. Esta variedad es reflejo de los intereses diversos que has sabido despertar y promover. Al entregarte este número, no hacemos sino retribuirte parcialmente lo mucho que nos has dado, y lo hacemos deseando que sigas siendo por muchos años el antiguo joven maestro que tanto apreciamos. *José Luis Rivarola*

18

\* \* \*

### Palabras de gratitud

La presencia de todos ustedes anuncia que tengo edad suficiente para comprender cómo pueden a veces concertarse generosidad y cariño y obnubilar las conciencias. Pero me alegra, sin embargo, que esta momentánea ilusión de que soy protagonista sirva para comprobar cuánto puede lograrse en la vida académica cuando hay un grupo apremiado por el honesto afán de saber y de perfeccionar la enseñanza.

Sí, es verdad; tengo edad más antigua que la de don Alonso Quijano, y soy ciertamente “seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador”, aunque no amigo de la caza. Los libros de mi biblioteca superan, por gracia de los tiempos, los acumulados en casa del manchego, y han servido, antes que para perderme, para afirmar y equilibrar el juicio. Ustedes saben que sin esos libros nuestra vida no po-

dría rejuvenecerse todos los días en el aula. Los profanos suelen creer que los profesores leemos muchos libros y que hasta somos capaces de repetirlos de memoria. Nosotros sabemos que nos sirven para esclarecer nuestra independencia y fortalecer nuestras certidumbres. La más grave tarea nuestra es impedir que los estudiantes caigan en el fetichismo de la falsa ciencia, que tiene en la temprana erudición su enemigo mortal, y despertarles en cambio el apetito inteligente por el saber, que nos permite transmitirlo, de promoción en promoción, enriquecido por nuevas e incesantes lecturas.

Para que haya realmente un pretexto saludable esta noche, yo quisiera ante todo rendir homenaje a don José Jiménez Borja, eminente maestro que en esta casa y en la de San Marcos, echó hace varios lustros las primeras semillas para una preocupación científica por el lenguaje en los medios universitarios, y trabajó sin descanso por mantener una enseñanza vitalizadora. Esclarecido fruto de su magisterio fue el libro de Pedro Benvenuto Murrieta, obligada puerta de ingreso en la reflexión sobre el español hablado en el Perú. A veces, el llamado de alerta de los pioneros se ve disimulado (cuando no oscurecido) por el bronco ruido con que los nuevos modelos científicos se asoman en el horizonte; pero cuando nos alcanza la serenidad comprendemos cómo los ojos que podían advertir el nuevo día habían sido educados por alguien para gozar provechosamente de ese deslumbramiento. La aptitud para frecuentar esa etapa auroral provenía de Jiménez Borja en el Perú.

19

*Ex todo corde*, si acepto esta ceremonia es porque tal vez me permite reflexionar en alta voz sobre nuestra disciplina y su destino. Lo admito: los estudios filológicos son hoy una real posibilidad entre nosotros, y se diría que una prueba de ello la constituye el que entre todos los que trabajamos en el país cubrimos muchas de las direcciones en que ha ido multiplicándose la ciencia. Y eso, que a muchos podría parecer síntoma de progreso, creo que debe llamarlos a reflexión. Tengo miedo de que el apresurado recuento de lo hecho impida su adecuada maduración, al tiempo que nos haga perder de vista la lenta enumeración de todo cuanto resta por realizar. Tengo miedo de que el prurito de

---

abarcar relegue al olvido la necesidad de profundizar.

Pero quiero hablar de nuestra necesidad de rigor. La atracción del mundo de las computadoras, que asegura tanta fácil victoria en el mundo empresarial, está desarrollando en los jóvenes un sentimiento de lo fácil, un desdén por el trabajo riguroso de una inteligencia aplicada a la reflexión, que constituye en mí sentir grave obstáculo. Hay que luchar para que nuestros muchachos no se vean ganados por la improvisación, que es incompatible con la ciencia, y que es incompatible con la vida universitaria, hecha para el trabajo creador. Y hay que insistir majaderamente, ya en el terreno de los estudios que nos conciernen, en una afirmación que puede convocar a la sonrisa: sin lenguas clásicas, no hay formación segura en las disciplinas filológicas. Y contra lo que puedan creer muchos de ustedes mismos, pienso que esa formación se reclama asimismo de un severo aprendizaje fonético. Sé que es difícil, porque en Lima resulta casi una triste metáfora, puesto que no hay fonética con tiza, pizarra y grabadora, sin laboratorios experimentales, sin quimógrafos, sin espectrógrafos y sin otros esdrújulos más. Pero es disciplina que da rigor en la observación y en el análisis. Con esto no hago sino repetir una antigua afirmación de Amado Alonso, ante cuya formulación nosotros sonreíamos con la envidiable soberbia de los años mozos: sin una seria formación fonética no hay filología.

20

Quiero hablar también de otro peligro: la dispersión en las vocaciones. Por eso debemos defender los Estudios Generales: para asegurar vocaciones científicas y para garantizar un serio ejercicio profesional, necesitamos asegurar una sólida formación humanista. Y la evidencia se impone. EEGG es obligada antesala de toda profesionalización. Claro es que una formación humanista, cuando tenemos a las puertas el siglo XXI, no se puede reducir a las ilusiones y a los programas que todavía presiden ingenuamente muchas de nuestras casas de estudio. Buena ocasión para meditar sobre el tema ofrece el próximo centenario de uno de los grandes humanistas de América, que descubrió el verdadero humanismo interdisciplinario. Lo que más necesitamos combatir en los muchachos es su aptitud para lo

---

fácil, la prontitud con que se niega el pasado y se acepta cualquier momentánea ilusión del presente, porque en ciencia nada de lo que se consigue realizar (por revolucionario que sea o que parezca) deja de tener fundamento en lo que se realizó en el pasado, y es siempre antecedente inevitable y cuna obligada de lo que podrá hacerse en lo porvenir.

Si yo puedo sentirme por un instante eje eventual de esta ceremonia, es porque sé que sin estos alumnos míos (que de alguna manera son repetición en el tiempo de los que fueron mis maestros) nada podría haberse concretado. Lo único que hace provechosa la enseñanza de un profesor es el entusiasmo, la inteligencia, la voluntad cierta de superación que aportan los alumnos. Hay que aprender a aceptarlos como son porque, con sus virtudes y defectos, constituyen la hermosa materia que la Providencia nos entrega para que al ayudarlos a realizarse podamos realizarnos nosotros mismos, a despecho del barro de que estamos hechos.

Cuando digo gracias por las palabras de los doctores Varrillas, Lerner y Rivarola, digo también mi satisfacción porque el sitio que ocupan es reflejo de una línea de trabajo y de una vocación que estaba a flor de piel en el instante de su inauguración universitaria. Y no puedo terminar sin dos confesiones necesarias. Nada podría haberse realizado en el Instituto Riva-Agüero sin la presencia diaria de Víctor Andrés Belaunde, que infundía entusiasmo a fuerza de sus resonantes metáforas. Y sin el magisterio vivo y puntual de Felipe Mac Gregor, que dio forma definitiva a nuestra vida académica en la Universidad, todo habría sido una quimera. Este homenaje que ustedes generosamente me dedican, celebra en verdad la vida que hemos compartido en el trabajo fecundo, la alegría de haberlo realizado con fe en nuestra disciplina, esperanzados siempre en servir al estudiante y a la Universidad. Nuestra tarea es, por eso mismo, no cejar, no dejar de exigirnos a nosotros mismos, para que la alegría de saber y de crear pueda ser cada día más cierta y alcance a grupos cada vez más numerosos de estudiantes. *Luis Jaime Cisneros*

---